

El Humorismo de González Vera

El título del último libro de González Vera, "La copia y otros originales" (Nascimento), encierra ya un juego de palabras como iniciación a lo que va a ofrecer la lectura. Son veintidós relatos, algunos con armazón de cuentos y otros, como "Origen y fin de mi fortuna" y "El terremoto", ostensiblemente autobiográficos, donde la emoción de lo visto y sentido se disimula entre sonrisas y guiños irónicos. Un gran dominio de sí mismo, un severo intento de autocrítica, la contención, la sobriedad, la economía estilística, rasgos que de antiguo comparecen en la prosa de González Vera, se hacen ahora más patentes.

Los lectores de este autor, que en nada se prodiga, saben que él ha inventado la expresión "y disminuida" para anunciar las nuevas ediciones de sus escasas obras, precisamente en el mismo sitio en que los demás escritores, orgullosos de su facundia, habrían puesto "y aumentada". Si aplicamos esta observación diminuyente al libro de hoy, nos quedaría amplia por un lado y estrecha por el otro. Amplia en lo que se refiere al vuelo del estilo. González Vera declaró, hace muchos años, la guerra a la ampulosidad, y en fuerza de su sistema escribe con las palabras más sencillas, en oraciones cortas, sin énfasis ni aiarde algunos. No intenta descubrir ni acuñar palabras nuevas, ni le agrada rebuscar en el arcón de las viejas autoridades para resucitar términos obsoletos. Su estilo de hoy es, particularmente en "La copia", el estilo mínimo, el más buido y transparente, el que levanta menos rumores y el que menos pesa.

Pero la expresión "disminuida" nos quedaría estrecha, en cambio, si atendemos al caudal de vida que el autor lleva esta vez a su obra. Decíamos que son relatos, y bien podríamos agregar que en cada uno de ellos se nos muestran facetas de luchas humanas y aun de fisonomías que bien pudieran, a la larga, interesarnos. En el relato que da nombre al libro, desde luego, hay un arrendatario que pide le den algunas comodidades, y un administrador que se las escatima. Para decidir la pugna, el primero decide escribir al otro una carta, amable pero firme, y hace más: saca varias copias y le manda, por correo, un ejemplar nuevo cada día al que habría querido pasar por sordo.

Claro está que vence. En "Comunistas de Melipilla", en cambio, el buril graba más hondamente. Basta leer las palabras finales para advertirlo: "Aunque siempre tomo partido por algo o por alguien, lo más tierno que hay en mí es para el vencido. La luz disminuía. Iba desapareciendo todo lo distante. Se adelgazaban las líneas de las cosas. Al rato surgió en el callejón una mancha de campesinos. En el centro de la fila cabecera, un hombre entrado en años, raído, llevaba en alto una cañita con un trapo rojo tremolando en la punta. Junto a él y en las siguientes, avanzaban otros hombres y mujeres, algunas con criaturas en los brazos, y más abajo, pegados a la pollera o al pantalón, seguían también chicuelos y perros. Grandes y chicos caminaban mirando el polvo, sin una sonrisa, sin una palabra, lentamente, como en un duelo; fundidos unos con otros, llevando como oriente el trapito rojo, por no oírseles, bajo la tenue luz

de la tarde, parecían un grabado oscuro y triste (p. 90-1).

No muchas páginas ha escrito González Vera, de modo que el elogio que ahora intentamos tal vez suene a poco; pero creemos que esta vez, excediéndose a sí mismo, ha dado en el blanco. Esa imagen gris, algo desvanecida, en que pequeños, casi imperceptibles símbolos (el rojo trapito, como en un duelo), señalan con agudeza el desvalimiento del pueblo, su angustia secular, su fatalismo, el ánimo siempre dispuesto a encorvar el cuello bajo el peso de un yugo alegórico o efectivo, esa imagen, decimos, es algo de lo mejor que se ha escrito en las letras chilenas. Quien la ha concebido y ejecutado es, pues, un grande escritor, aun cuando sea ya redundante decirlo.

También serviría, de otra parte, para probarlo, la página final del libro "Sobre el Autor", que no trae firma, que está escrita en tercera persona, pero que sin duda podría deberse al mismo autor del resto. Hay allí confesiones a la sordina, gracias y agudezas, pero asimismo una gran melancolía, una bruma de severidad ascética que esfuma o suaviza los contornos. "Conversar para él — eemos allí — es manantial de sabiduría. A veces hasta escucha. Cobró afición al té, se supo y se lo sirven en donde se halle, aun cuando, a menudo, le agradarían otros néctares. Con la edad se ha convertido en coleccionista de piedras bonitas. Quien quiera le podrá ver, en la playa de cierta isla, andar horas y horas, agachándose a cada instante. Es sensible a la simpatía. El que lo sea y se le acerque puede contar con él" (p. 220). Y es que el tiempo ha pasado, las experiencias llovieron a porfía sobre la cabeza del hombre, y éste, sintiendo que ha corrido ya algo más de la mitad del caudal de años concedido habitualmente a los seres humanos, se asoma a lo presente y a lo pretérito (sobre todo a lo pretérito, ¡ay!) para despedirse en su estilo, es decir, sutilmente, de todo.

Ha llegado, pues, la hora de los balances y de las anotaciones finales. La melancolía es, a menudo, el fondo usual de los humoristas, la realidad profunda que éstos aspiran a encubrir tras la sonrisa o la carcajada. González Vera ha preferido, para su mensaje, la sonrisa, tanto más sutil cuando más avanza en los años, y deja para el chascarrillo de sobremesa la risa franca, ostentosa, en que sus amigos suelen ser más pródigos. Pero unos y otros se guardan, por compostura, la tristeza algo más adentro, hasta donde no pueden tal vez llegar las inquisitivas miradas de los profanos. Siendo perecedero el hombre, teme éste que también lo sean las empresas en las cuales puso fe, las iniciativas, los proyectos, los esbozos, las obras realizadas, el poema, el cuadro, el libro... No teme acaso que la familia desaparezca, ya que una vitalidad específica, de orden genésico, yace o se agita en todos los hombres, y los empuja a perpetuarse, aun a sabiendas de lo inútil que es vivir y de lo poco halagador que es avizorar, desde la orilla del hoy, el sucio y mezquino mañana. En estas vacilaciones el humorista saca fuerzas de su flaqueza y eleva en su relato, su artículo, su fábula, el aión de la sonrisa, para contagiar a los demás y para que, en

fin, algún día todos rían con él ante la suerte adversa, el destino incómodo, la pasión frustrada, el intento trunco, como si fueran otros tantos idílicos paisajes de égloga, con pajaritos cantores y todo.

La carrera de la sonrisa, amplísima en las letras chilenas, enriquecida con aportes de la vida urbana en Díaz Garcés y de la existencia de aldea en Alarcón Lobos, gana nuevas cimas con González Vera y su serie de estampas miniaturescas. "Lo que más le apasiona es descubrir el acto único, el hecho todavía no catalogado por la imprenta. Pretende ser ameno, dar una visión regocijada de los seres en lenguaje parecido al familiar", dice su alter ego (p. 221). Y así es la verdad: frío, capaz de analizar la obra, proclive a erigirse en juez de lo suyo, previo desdoblamiento de autor en crítico, ha logrado en esas definiciones lo que pocos comentaristas se atreverían a discutirle. Es un humorista más en las letras chilenas, donde siempre hubo muchos; pero entre todos su cabeza descuella como la de un estilista, aventaja a la mayoría por la ternura y se hace estimar como auténtico y humilde ser enamorado más de los desvalidos y tenues que de sí mismo, ya que él está erguido, después de todo, en el pedestal de su inteligencia penetrante y lúcida.

Raúl Silva Castro.